

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel*

*Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio*

*Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	<b>3</b>	<b>Introducción</b>
<i>Alberto G. Belluci</i>	<b>5</b>	<b>A la búsqueda de la identidad perdida</b>
<i>Teresa Piossek Prebisch</i>	<b>15</b>	<b>Los comienzos de la más antigua ciudad argentina. Un triunfo sobre la adversidad</b>
<i>José de Nordenflycht</i>	<b>27</b>	<b>Iglesias de Chiloé</b>
<i>Silvia Gabriel</i>	<b>35</b>	<b>Identidad y memoria en el <i>Facundo</i> o civilización y barbarie de Domingo Faustino Sarmiento</b>
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	<b>44</b>	<b>Inmigración e integración en la obra de Ricardo Rojas</b>
<i>Ramón Ruiz Pesce</i>	<b>57</b>	<b>San Juan de la Cruz sujeto pobre y herido</b>
<i>Héctor D. Mandrioni</i>	<b>70</b>	<b>La esperanza cristiana: pasión por lo posible</b>
<i>Marie-France Begué</i>	<b>78</b>	<b>Memoria e identidad</b>

---

# Identidad y memoria en el *Facundo o civilización y barbarie* de Domingo Faustino Sarmiento<sup>1</sup>

Silvia Gabriel\*

*La vida es como una leyenda:  
no importa que sea larga,  
sino que esté bien narrada*  
Séneca

En ocasión de prologar la obra maestra de Domingo Faustino Sarmiento, Jorge Luis Borges expresó que si la “hubiéramos canonizado como nuestro libro ejemplar, otra sería nuestra historia y mejor” (Borges, 1998: p. 213). Detrás de estas palabras de Borges late la idea, y la necesidad quizá, de una razón narrativa exhortada a componer la identidad argentina a través del relato, es decir, una *identidad narrativa* que defina y constituya a la vez, como afirma Paul Ricoeur, la subjetividad histórica de una comunidad dada,

---

<sup>1</sup> Este trabajo es una versión parcial del artículo que fue elaborado gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en el marco del Programa de Becas CLACSO-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe, 2001. El artículo forma parte de los resultados del Proyecto titulado “Hacia el proyecto de identidad nacional en el *Facundo o civilización y barbarie* de D. F. Sarmiento”, que fue premiado con una beca de investigación en el Concurso para jóvenes investigadores “Culturas e Identidades en América Latina y el Caribe”. Las citas del *Facundo o civilización y barbarie* (1845) de Sarmiento se tomarán de la edición de Roberto Yahni (Madrid, Cátedra, 1999) y los números de las páginas correspondientes figurarán entre comillas inmediatamente a continuación de las citas.

\*Abogada, doctorando de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (UBA) y estudiante avanzada de la Carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Docente en las cátedras de *Gnoseología* (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y de *Teoría General del Derecho* (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, UBA).

en el caso, la de la nación argentina (Ricoeur, 1996: 106-172; 1997a: 997-1002; 1999a: 215-230).

Tras las huellas del maestro francés, en un primer momento procederé de arriba hacia abajo a fin de reconstruir aquellos aspectos de la filosofía de Ricoeur que estime relevantes para abordar el proyecto de identidad nacional que plantea el *Facundo*. En esta instancia, el propósito consistirá básicamente en enriquecer críticamente y en articular las consideraciones teóricas diseminadas en distintas obras del filósofo francés con aquel criterio que el propio Ricoeur juzga culminante en el proceso de conformación integral de la identidad narrativa: la *memoria colectiva* (apartado I). Elaborada la matriz teórica, en un segundo momento procederé de manera inversa, es decir, de abajo hacia arriba de modo tal de reorganizar productivamente la lectura individual y la cadena de lecturas que conforman la historia efectual del *Facundo* bajo la égida que ofrece la filosofía ricoeuriana (apartado II). Si bien ambos momentos serán presentados en un orden lineal, han sido el resultado de un trabajo fundado en el renombrado círculo hermenéutico, que en lugar de ser un círculo estrictamente metodológico describe el momento estructural ontológico en que se funda el fenómeno de la comprensión y la posterior explicitación de lo comprendido en la interpretación (Gadamer, 1991: pp. 360-365).

## I. Marco referencial

Los acontecimientos pre-narrativos, ‘reales’ y germinales, nacidos en el campo práctico de la acción (*mimesis* I o prefiguración) que sirven para instaurar la subjetividad histórica tanto de una comunidad como la de sus miembros adquieren carácter propiamente *narrativo*, según Ricoeur, cuando el narrador *los pone en una trama* (*mythos*) de carácter literario o de estilo historiográfico<sup>2</sup>. No es sino a través del proceso de construcción de la trama que el narrador enlaza los factores heterogéneos (circunstancias, fines, interacciones, resultados no queridos, etc.) que envuelven los acontecimientos fundadores de la identidad nacional hasta hacer de ellos una unidad inteligible, una *concordancia-discordante* (*mimesis* II o configuración).

Es en la trama narrativa donde se despliegan y se configuran en el orden lineal ‘principio-medio-fin’ la multiplicidad de transformaciones *objetivas* (v.gr. cambio de la dicha al infortunio o a la inversa, de la ignorancia en conocimien-

<sup>2</sup> Ricoeur toma la noción de *mythos* de la *Poética* de Aristóteles –para quien la trama, fábula o también traducida como puesta en intriga es el proceso mismo de imitación-creadora de las acciones (Aristóteles, 1947: 1450a 5-15)– y lo extiende a todo el paradigma narrativo que engloba, *mutatis mutandis*, las narraciones literarias y los relatos historiográficos.

to) que modelan la historia –*history* y *story*, en inglés–, y es la concordancia discordante de la historia la que *responde por, regula y subordina* a su vez a su propio correlato *subjetivo*: las ‘entidades’ que pueblan la obra (v.gr. personajes, cuasi-personajes del orden de la ‘civilización’ y la ‘barbarie’, etc.).

Al regular las mutaciones subjetivas de las entidades ficcionales o historiográficas, la estructura concordante-discordante de la trama hace prevalecer, a su vez, indirecta u oblicuamente la homogeneidad sobre la heterogeneidad en la vida de los lectores y de la comunidad de lectores de carne y hueso de la obra en cuestión (*mimesis* III o refiguración). ¿Por qué? Porque la subjetividad histórica o biográfica de estos, su propia identidad narrativa, se construye en base a la *identificación-con*, o al *reconocimiento-en*, todos o alguno/s de los personajes a los que, en última instancia, la historia misma nos remite (Ricoeur, 1996: 116).

Ahora bien, para que la identidad narrativa de los lectores y de la comunidad de lectores culmine su proceso de configuración y refiguración debe ingresar –junto a esta identificación-con o este reconocimiento-en los personajes que se encuentran prisioneros de las redes de la trama– en lo que Ricoeur da en llamar la dialéctica de la *rememoración* y de la *anticipación* que también es preservada y posibilitada por la trama narrativa (Ricoeur, 1997a: p. 953). En efecto, tanto como la memoria individual se erige como un criterio de la identidad personal, Ricoeur afirma que la memoria colectiva, a la que apunta el fenómeno de la rememoración, también sirve para perfilar tanto la *identidad cultural* –étnica, lingüística, racial y religiosa (Ricoeur, 1999b: p. 17)– como la *identidad política* de una comunidad determinada. A su vez, tanto a nivel individual como colectivo, la heterogeneidad y la multiplicidad de los recuerdos personales y comunitarios se organizan o se sintetizan como ‘memoria’ por mediación del juego del lenguaje de narrar, que por ser precisamente un juego del *lenguaje* implica una dimensión pública y social, dimensión que en el acto mismo de apropiación adopta una inflexión individual.

Si a nivel personal nuestra memoria consiste en conservar una serie de recuerdos que son elegidos entre la gran variedad de acontecimientos que hemos vivido, a nivel comunitario la conservación y la elección recaen sobre el narrador encargado de incorporar al patrimonio de la comunidad el relato de aquellos acontecimientos que, a su parecer, no deberían ser olvidados. En el mismo sentido que ilustra Tzvetan Todorov, en quien se apoya Ricoeur en este punto, al decir que “conservar sin elegir no es una tarea de la memoria” (Todorov, 2000: p. 65), narrar, como narra Sarmiento en el *Facundo*, implica dejar de lado: elegir y excluir a la vez.

La elección y la exclusión críticas son estrategias que evitan que el narrador abuse de la memoria, es decir, impide que el narrador preserve una

*memoria literal* que hunda el presente y el futuro narrativos en la *particularidad* y en la *singularidad* de los acontecimientos pretéritos (Todorov, 2000: pp. 30-31). Frente a esta suerte de intransitividad obsesiva implicada por la sacralización de la memoria literal, Todorov propone un uso *ejemplar de la memoria* que abra el recuerdo comunitario a la *analogía* y a la *generalización* a fin de extraer del pasado una lección (Todorov, 2000: p. 31). Memoria ejemplar que no implica, sin embargo, destronar las tradiciones y el pasado en provecho de principios universales de carácter abstracto que terminen ubicando la edad de oro unilateralmente en el porvenir. ¿Por qué? Porque este retroceso incondicional de la memoria corre el serio riesgo de quebrar la dialéctica de la *rememoración* y de la *anticipación*, del espacio de experiencias y del horizontes de expectativas del que habla Ricoeur siguiendo a Koselleck, dialéctica que debe ser resguardada para que la identidad narrativa logre afianzar su proceso de conformación (Ricoeur, 1997a: p. 953).

Presentada a ligeros trazos la matriz conceptual, el objetivo es ahora ejecutar en calidad de lectora aquellas visiones esquemáticas que el *Facundo* posibilita, concretización enderezada a dilucidar el uso y/o el abuso de la memoria en que incurre Sarmiento al proyectar nuestra identidad narrativa nacional *más allá* del horizonte interno del texto (*mimesis* III).

## II. El *Facundo*: pasado y memoria

En el apartado precedente vimos que del mismo modo que la memoria colectiva ayudaba a configurar y a refigurar la identidad étnica, racial, cultural, lingüística y religiosa de una colectividad determinada, también operaba como criterio de su *identidad política*. Vimos también que los recuerdos comunitarios se sintetizaban como memoria por mediación del juego del lenguaje de narrar y que en este juego el historiador *elegía* aquellos acontecimientos del pasado que a su juicio no deberían ser olvidados, al tiempo que *excluía* otros. En suma, si como sostienen Ricoeur y Todorov la memoria colectiva resulta de la interacción entre la *supresión* (el olvido) y la *conservación* de los acontecimientos históricos que el narrador selecciona, ¿cómo se configura y se refigura la memoria nacional en el *Facundo*? Y aún más importante, ¿opera la memoria en el *Facundo* como índice de nuestra identidad nacional tal como sospecha Lacay al afirmar que la búsqueda de la identidad supone para Sarmiento “bucear en un pasado que hay que perfilar claramente porque de ello depende, en parte, la corrección y la justeza del perfilamiento futuro” (Lacay, 1986: pp. 97-98)?

Quien comienza su análisis concediendo un lugar de privilegio a la memoria en el horizonte interno del texto es Ossandón, al recordar que Sarmiento inicia su obra con una evocación: la del propio caudillo *Facundo*,

evocación que no es un acto cualquiera ya que lo evocado por Sarmiento “posee una doble y complementaria cualidad: es socialmente elaborado y fundante” (Ossandón, 1994: p. 99). A esta interpretación para la que la memoria se alza como guardiana del pasado nacional se suma Julio Ramos cuando afirma que “el *Facundo* [...] busca conciliar el proyecto modernizador con el pasado, busca ‘volver los ojos *hacia atrás*’; mirar hacia atrás (no sólo hacia el futuro, como en las teleologías iluministas), para *oír* la voz del pueblo (la madre)” (Ramos, 1989: p. 26). Estas conclusiones son compartidas también por Diana Sorensen y Mónica Bueno para quienes, respectivamente, el *Facundo* habría sido uno de los medios de conceptualizar los conflictos del pasado e iluminaría las sombras del pasado, la del caudillo, la de Rivadavia (Sorensen, 1998: p. 30; Bueno, 2000: p. 3). Por último, en este mismo sentido se expide José Luis Romero al sostener que “el pasado obró en su espíritu [en el de Sarmiento] como un legado intransferible, casi como una responsabilidad personal” (Romero, 1963: p. 70).

A esta lectura que muestra a un Sarmiento *vuelto al pasado* a fin de construir la memoria nacional con aquellos acontecimientos históricos que juzgó relevantes, se enfrenta Leopoldo Zea al declarar que Sarmiento nos insta a “renunciar al pasado, a la propia historia, la única historia posible marcada por la dominación impuesta, para iniciar otra nueva historia con olvido de la primera. Otra historia hecha por hombres que sin volver la cara al pasado fuesen capaces de crear un futuro sin raíces en lo anterior” (Zea, 1989: p. 91). El análisis de Zea continúa de esta manera una línea de estudio fomentada por Aníbal Sánchez Reulet para quien la tarea de Sarmiento comenzó con una negación rotunda: abriendo guerra contra las tradiciones, contra la mística exaltación de un pasado definitivamente muerto (Sánchez Reulet, 1938: p. 39). A lo que más adelante agrega que sus escritos tuvieron “la virtud de desembarazarnos del peso muerto de la tradición” (Sánchez Reulet, 1938: p. 40).

Esta discrepancia en la que parecen abismarse las distintas recepciones del *Facundo* puede entenderse como producto de un equívoco fundamental en cuanto a la función que cumplen en el relato los acontecimientos que Sarmiento rescata del pasado nacional. Tras las huellas de Todorov, la tesis es que si bien es cierto, con arreglo a la segunda línea de interpretación, que el *Facundo* no hace uso de la *memoria literal*, es decir, no se hunde en el espacio de experiencias para subyugar el presente y el futuro al pasado nacional, también es cierto, conforme sugiere la primera línea de análisis, que el autor selecciona y refiere sucesos históricos concretos a tal punto que conceptualiza e ilumina las sombras de nuestro pasado. Sólo que esta evocación, *más que operar como índice de la identidad nacional*, se hace únicamente con vistas al futuro narrativo. De esta suerte, lo que ciertamente se

configura es esa *memoria ejemplar* de la que hablaba Todorov en el apartado precedente, memoria en la cual se utilizan las reminiscencias sólo para abrirlas a la analogía y a la generalización a efectos de extraer de ellas una enseñanza, una lección que resulte apta “para estampar las buenas ideas” (Altamirano, 1994a: p. 38). Si bien es correcto afirmar, entonces, la gravitación que tienen en la obra el pasado y la memoria, también es exacto afirmar que por tratarse justamente de una memoria *ejemplar*, la identidad se constituye utilizando ese pasado, *no* para reanimarlo *ni* para prolongarlo sino, muy por el contrario, para enjuiciarlo y ajusticiarlo liberándose así del ‘peso muerto de la tradición’ en un movimiento orientado al porvenir.

Presentada la tesis iré ahora paso a paso. Hay múltiples pasajes del *Facundo* que ilustran el juego interactivo de inclusión-exclusión al que Sarmiento somete los recuerdos comunitarios con vistas a configurar esta memoria ejemplar. Al referir el enfrentamiento entre Quiroga y el general Lamadrid, Sarmiento observa: “Omito sus pormenores, porque en ellos no encontraremos sino pequeñeces. Un hecho hay, sin embargo, ilustrativo” (p. 203), y comienza a narrar la intimación que sufrió Lamadrid en manos del ayudante y de los soldados de Quiroga. También en este otro en que dice: “Omito la relación de todos los acontecimientos de este período” (p. 259) –período en el que Quiroga se encontraba en San Juan preparando una expedición sobre Tucumán–, y a continuación agrega: “Pero hubo un día de terror glacial que no debo pasar en silencio” (Ibíd.).

Hasta aquí la pauta de cómo se configura en el *Facundo* la memoria nacional merced a la dialéctica de la *supresión* y de la *conservación* deliberadas de aquellos acontecimientos históricos que Sarmiento juzgó relevantes. Pero, ¿qué marcas ofrece el texto para avalar el uso ejemplar de la memoria –ese uso en el que la evocación histórica se une, según Altamirano, al adoctrinamiento (Altamirano, 1994a: pp. 37-38) –? En la carta-prólogo de la edición de 1851 que el autor dirige a Alsina admite que en el texto “falta la madurez del hecho cumplido [...] para volver, con fruto los ojos hacia atrás, haciendo de la historia ejemplo y no venganza” (p. 54), con lo cual da entender, sin embargo, que a esa *retromirada* justiciera se consagra mayormente el *Facundo*. Esta conclusión se confirma cuando agrega: “Hay una justicia ejemplar que hacer” (Ibíd.), a lo que habría que añadir, en sus palabras, que “si pudiera hacerse esto, como es posible hacerlo [...] ¿no siente Vd. –le pregunta a Alsina– que el que tal hiciera podría presentarse en Europa con su libro en la mano, y decir [...]: ‘Leed, miserables, y humillaos. ¡He ahí vuestro hombre!’ [...]?” (p. 53). Precisamente porque el texto ofrece esa memoria ejemplar que Todorov refiere como *justicia* (Todorov, 2000: pp. 32-33), es que Sarmiento se presenta en Europa con su *Facundo* en la mano para hacer saber a los ‘sabios europeos’ que se habían “prosternado ante un fantasma [el de Ro-

sas], [...] contemporizado con una sombra impotente, [...] acatado un montón de basura, llamando a la estupidez, energía; a la ceguera, talento; virtud a la crápula e intriga, y diplomacia a los más groseros ardides” (Ibíd.).

Esta memoria que “no ha de tejerse sólo con crímenes y empaparse en sangre” (p. 251) y que se pone al servicio de la justicia hasta terminar confundiendo con ella, envuelve toda la biografía de Quiroga a quien Sarmiento admite haber procesado al decir, en la citada carta-prólogo: “La justicia de la Historia ha caído ya sobre él, y el reposo de su tumba, guardando la supresión de su nombre y el desprecio de los pueblos” (p. 52). Finalmente, y cuando en ocasión de comparar a los mazorqueros de Rosas con los *cabochiens* medievales exclama: “¡Qué instructiva es la Historia! ¡Cómo se repite a cada rato!...” (p. 320), el autor extracta en esta nuda interjección el uso modélico que le ha estado dando a la memoria a fin de extraer de ella una lección tras abrir el recuerdo nacional a la analogía y a la universalización. Una lección que nace de *comparar* “lo conocido con lo desconocido –según afirma Altamirano aludiendo, en concreto, a las equivalencias orientalistas– o, más bien, con aquello a lo que sólo accede [Sarmiento] a través de la lectura” (Altamirano, 1994b: p. 8). Parangón que separa de su singularidad a los fenómenos y da color a aquellos términos de los que se sirve el autor para referirlos. Tal es el caso de la mentada ‘Mazorca’ pero también de la ‘barbarización’ o de ‘las palabras tiranía, despotismo’ en pasajes como estos: “La Mazorca, como los *cabochiens*, se compuso en su origen, de los carniceros y desolladores de Buenos Aires” (p. 320); “Sólo la historia de las conquistas de los mahometanos sobre la Grecia, presenta ejemplos de una *barbarización*, de una destrucción tan rápida” (p. 117); y aludiendo ahora a la ‘tiranía’ de Juan Manuel de Rosas: “Por eso hemos visto en nuestros días repetirse las extravagancias de Calígula, que se hacía adorar como dios, y asociaba al Imperio su caballo” (p. 262) y “Nada igual me presenta la Historia, sino las clasificaciones de la Inquisición, que distinguía las opiniones heréticas en malsonantes, ofensivas de oídos piadosos, cuasi herejía, herejía perniciosa, etc.” (pp. 320-321).

Anteponer, como antepone Sarmiento, la justicia y también la libertad a una memoria que por estar empapada en crímenes y en sangre bien podría haber sido utilizada para prolongar las consecuencias del trauma inicial de nuestra guerra civil, evita correr el riesgo de reducir el hoy y el mañana narrativos a aquel ayer ya ancestral. Pero activa, no obstante, otro riesgo. Una vez enjuiciado el pasado por el procedimiento analógico, el *Facundo* propone, como bien indica Zea, “dejar de ser lo que se era para poder ser otra cosa” (Zea, 1989: p. 87). Y este ‘dejar de ser... para ser’ del que habla Zea implica que la identidad se determina exclusivamente desde el porvenir impidiendo que concluya su



proceso de refiguración sobre el *intervalo temporal* abierto por la recepción del pasado, transmitido ejemplarmente, y la proyección del futuro.

La tesis es, entonces, que la legitimación unilateralmente prospectiva en que se termina refugiando la identidad, *desfigura* y *desmonta* la *dialéctica estructural* a la que habían arribado la 'civilización' y la 'barbarie' al promediar el capítulo final de la obra cuando Sarmiento declara lo siguiente: "Las atrocidades de que era teatro sangriento en Buenos Aires habían [...] hecho huir a la campaña a una inmensa multitud de ciudadanos, que mezclándose con los gauchos iban obrando lentamente, una fusión radical entre los hombres del campo y los de la *ciudad*; la común desgracia los reunía; unos y otros execraban aquel monstruo sediento de sangre y de crímenes [a don Juan Manuel de Rosas], ligándolos para siempre en un voto común" (p. 350). De esta suerte, en el horizonte externo del *Facundo*, *la identidad argentina se despliega replegándose*, es decir, *reenviando* al plano de los cuasipersonajes asimétricos contrarios que le sirven de subtítulo, hasta *escindir* finalmente en la dialéctica disyuntiva de la civilización o la barbarie. La conciliación final, espontánea o providencial que opera *en* el texto a modo de *mediación conclusiva y total* sobre la cual Sarmiento asentó a la identidad nacional en *su* tiempo y 'para siempre', en el horizonte externo del texto retroviene como una *conciliación precaria, imperfecta, histórica, coyuntural y provisional*. La irrupción del *orden temporal deshace*, pues, la *contigüidad* o el *esquema de transición y enlace* entre la 'civilización' y la 'barbarie' proyectando una *identidad dividida* que, *más allá* del *Facundo* no consigue afianzarse en el interior de ninguna dialéctica estructural como aquella que diagnosticara el autor en el presente de la escritura. ¿Por qué? Porque en lugar de curar la memoria nacional, Sarmiento *desgarró* la *dialéctica temporal* entre el horizonte de espera y el espacio de experiencia e impidió que la dialéctica estructural, interna a la identidad nacional, sobrevenga en cisma.

¿Qué impulsa a afirmar la existencia de una ruptura entre el futuro y el pasado narrativos? Confiesa el autor: "falta la madurez del hecho cumplido y el paso de una época a otra, el cambio de los destinos de la nación" (p. 54). Fáltale, en definitiva, tejer el tránsito entre dos etapas distintas: "una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la edad media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea" (p. 91). ¿En qué desemboca esta ruptura, esta ausencia de articulación entre una época, una etapa y la otra? Termina en una disimetría, en un alegato a favor del porvenir en desmedro de los acontecimientos pretéritos. Dice Sarmiento: "¡Oh! Este porvenir no se renuncia así no más" (p. 45), "¡No!; no se renuncia a un porvenir tan inmenso, a una misión tan elevada"

(p. 46). Y precisamente para alcanzar ese porvenir de la patria, el relato enjuicia aquel pasado lacrado por “las tradiciones envejecidas, [...] los hábitos ignorantes y [...] las preocupaciones estacionarias” (p. 45) que han favorecido al “despotismo más hostil a todo desenvolvimiento de ideas” (p. 344). Ante el “Gobierno Central Unitario despótico del estanciero D. Juan Manuel Rosas, que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho, y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad” (p. 105), Sarmiento emplaza al ‘Nuevo Gobierno’, al ‘gobierno racional’, al gobierno simpático a los europeos y protector de la seguridad individual, al gobierno culto y ocupado de los intereses de la nación.

Contrariamente a lo que piensan Franco y Lacay cuando sostienen que la escisión de la identidad nacional sobreviene, ya sea por la exclusión, ya sea por la destrucción del Otro, del gaucho o ‘bárbaro’ (Franco, 1999: p. 1; Lacay, 1986: pp. 145-146), la partición de la identidad se produce, entonces, porque para hacer efectivo aquel porvenir de luz, el autor propone desembarazarse de aquellos ‘largos y pesados años’, deshacerse de “las páginas casi borradas de las pasadas épocas” (p. 251) que han favorecido a ese ‘execrable Nerón’, ‘tirano brutal’, ‘tirano sin rival hoy en la tierra’. Plantea, en fin, derrocar al ‘tirano semibárbaro’, a don Juan Manuel de Rosas, y remover con él “El mal [...] que nace de un gobierno que tiembla a la presencia de los hombres pensadores e ilustrados, y que para subsistir necesita alejarlos o matarlos” (p. 252).

### III. A modo de conclusión

En base a lo que hemos visto, es dable concluir que si la utopía de fundación que encierra el programa político con el que Sarmiento clausura el *Facundo* naufraga, no es debido a que el modelo de identidad nacional que el texto proyecta sea de naturaleza exclusionista o eliminativista respecto a esa otredad instanciada en la figura del gaucho. Lejos de ello, la policromía de la cubierta ideológica que parece recubrir al modelo nos abre a un inclusivismo nivelador que se malogra porque en lugar de brindar un futuro – nuestro presente– a la memoria argentina, Sarmiento disuelve el pretérito nacional en el eterno presente de su escritura.

En nosotros recae la tarea de una conciliación, de una “síntesis política”, para retomar la terminología de Ernesto Sábato, que si bien también tendrá que reinscribirse en el perpetuo círculo de la ideología y de la utopía del que habla Ricoeur (Ricoeur, 1997) y ejemplariza el *Facundo*, logre ahora ligar el pasado a *un futuro*, en lo posible a un futuro *mejor*, de modo tal que el círculo logre convertirse en espiral.